



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

TE ENCONTRARÉ
EN BUSCA DEL HOMBRE QUE ME VIOLÓ
JOANNA CONNORS

TRADUCCIÓN DE ALBA BALLESTA



errata naturae

Para mis queridos Dan y Zoë,
y para Chris, que pasó por esto conmigo.

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2018
TÍTULO ORIGINAL: : *I Will Find You*.
In Search of the Man who Raped Me

© Joanna Connors, 2016
© de la traducción, Alba Ballesta, 2018
© Errata naturae editores, 2018
c/ Doctor Fourquet 11
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-69-1
DEPÓSITO LEGAL: M-334-2018
CÓDIGO BIC: FA
IMAGEN DE CUBIERTA: © art-4-art, Getty Images
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

NOTA DE LA AUTORA	11
QUE CONSTE	15
SI TENGO QUE IR A LA CÁRCEL, TE ECHARÉ DE MENOS	53
QUIERO QUE QUEDE ESCRITO EN MI CUERPO	77
YA NO ESTÁ	85
EL BORRACHO	89
NO TE PRECIPITES	95
LE CORTÓ LA LENGUA	103
ASÍ ES LA LEY	113
HE HABLADO CON JOHNNY. CONOCE A GENTE	121
NO PUEDO GRITARLE A LA ALMOHADA	131
LA PREGUNTA	141
LA RESPUESTA	151
ES MEJOR QUE LA TELE	157
DE VEZ EN CUANDO PIENSO EN COSAS DEMASIADO TERRIBLES PARA CONTARLAS	173
CRUZAR EL LÍMITE	185
DAVID ERA EL MAYOR MISTERIO	197
SI NO HUBIESE SIDO TAN TONTA	221
TRATO DE BORRARLO DE MI MEMORIA	235

ME DABAN MUCHO MIEDO LOS HOMBRES	245
UN DIAMANTE EN BRUTO	257
LA CASA DE LA MUERTE	279
EXHUMAR A DAVE	293
¿POR QUÉ QUIERES SABER MÁS?	303
AGRADECIMIENTOS	313

NOTA DE LA AUTORA

No sorprende que el efecto Rashomon deba su nombre a una película sobre una violación y un asesinato. La obra maestra de Akira Kurosawa, inspirada en el cuento de Ryūnosuke Akutagawa, narra la historia de un violento encuentro en el bosque a través del testimonio de cuatro personajes. Cada uno de ellos relata una versión diferente de lo ocurrido, incluso el samurái asesinado, que habla a través de un médium.

El efecto Rashomon se refiere a la forma en que un cambio de perspectiva puede alterar la memoria. Las investigaciones en neurociencia sugieren que la memoria no es sólida. Es caprichosa y muy susceptible a la influencia externa y a los cambios con cada nuevo relato.

Si se le añade un momento traumático, la memoria se convierte en el menos fiable de todos los posibles narradores de nuestro pasado.

He cotejado los recuerdos de este libro con todas las pruebas de las que he podido disponer, entre las que se incluyen pilas de documentos, decenas de entrevistas grabadas y mis propios diarios.

Sin embargo, también he confiado en mis recuerdos. Otras personas que han vivido este trauma, como el

leñador o la esposa en *Rashomon*, tienen perspectivas diferentes y distintas historias que contar. Para proteger su intimidad, he cambiado los nombres de algunas de ellas y alterado algunos rasgos con los que se les podría identificar.

«No todo aquello a lo que nos enfrentamos puede cambiarse,
pero no podemos cambiar nada hasta que no nos
enfrentemos a ello».

James Baldwin

Tenía treinta años cuando abandoné mi cuerpo por primera vez.

Cuando ocurrió, no había tomado ninguna droga, por lo menos en los últimos dos años. Estaba sobria, trabajando, en pleno día, y no creía en testimonios de experiencias extracorpóreas más de lo que creía en alguien que pudiese doblar una cuchara con la mente.

Trabajaba para un periódico, donde lo que contaba eran los hechos y el escepticismo resultaba fundamental, así que traté de desarrollar el cinismo que había visto en periodistas veteranos mientras rezaba para que nadie descubriese que era una impostora que no tenía nada que hacer en una redacción.

Acababa de mudarme de Cleveland a Minneapolis para empezar a trabajar en *The Plain Dealer*, el periódico local y, tal como proclama el lema de su portada, el diario de mayor tirada de Ohio. Era para mí el segundo trabajo en el que daba continuidad a la saga de la familia. Mi abuelo había trabajado para *The Knickerbocker News* en Albany, Nueva York, mi padre había sido reportero y editor del *Miami Herald* cuando era pequeña, y yo había trabajado en el *Minneapolis Star* (ahora conocido como *Star Tribune*) antes de irme a Cleveland.

Estuve negándome a seguir la estela de mi padre hasta los diecinueve años. No quería la misma profesión. Por aquel entonces él era editor de una revista y estaba convencida de que me alejaría de todo lo que tuviera que ver con mis padres y su provincianismo. Cuando iba a visitarlos, utilizaba mucho el término «burgués». Era muy joven.

La única razón por la que fui a pedir trabajo al periódico de mi universidad fue porque mi hermana Nancy colaboraba con ellos y me dijo que me pagarían un dólar por artículo. Di con mi profesión y conocí a mi marido en aquella pequeña redacción en un sótano, donde descubrí que el trabajo de periodista te lleva a lugares en los que nunca habrías acabado de otro modo y permite que te presenten a gente a quien nunca te habrías acercado sin un pase de prensa. Y, lo que es mejor, los periodistas saben cómo divertirse. Eso lo aprendí a una edad temprana, cuando tenía siete años y mis padres daban una fiesta del *Miami Herald* en el jardín. Me quedé despierta hasta tarde con mi hermana, mirando a través de la ventana, observándolos beber y reír y flirtear y, cuando ya avanzó la noche, saltar desnudos a la piscina. Mis padres no se desnudaron, algo que habría sido demasiado perturbador recordar, pero la fiesta terminó de forma trágica, con mi madre pisando un cristal roto y teniendo que ir al hospital para que le diesen puntos. Recuerdo a uno de los hombres diciendo: «Sólo voy a echarle un chorrito de ginebra, Susie». Mi madre, mientras tanto, gritaba: «¡No!», y todo el mundo se reía. Aquello me asustó y me fascinó a partes iguales.

Ir a trabajar a una redacción era como ir a una fiesta todos los días, pero con la ropa puesta y sin la bebida ni la sangre. En general. Cada periódico tiene sus rencillas, cotilleos y frivolidades; la mayoría cuenta con alguna que otra historia sobre peleas. En *The Plain Dealer*, aseguraban que un reportero había lanzado una máquina de escribir —una eléctrica y pesada— contra un editor y tras eso abandonó el edificio para no volver nunca. Todos recuerdan la disputa, nadie el motivo.

El cinismo constituye una divisa y al mismo tiempo una obligación profesional. Los periodistas no empiezan así. La mayoría de los que conozco fueron en su momento jóvenes idealistas con el deseo de hacer justicia en un mundo injusto. El cinismo se va filtrando con los años, como un ácido que poco a poco va erosionando el idealismo, y como consecuencia de sentirse engañado constantemente, de llamadas nunca respondidas y documentos retenidos, de atajos para conseguir una historia a tiempo.

Después de eso no creía que existiesen experiencias extracorpóreas. Y, sin embargo, a las cuatro y media de una calurosa tarde de julio, en un campus universitario de Cleveland, Ohio, me alejé de mi cuerpo y me fui elevando cada vez más, hasta que llegué a planear en el aire.

Miré hacia abajo, al escenario de un pequeño teatro en el que estaba arrodillada frente a un hombre que blandía un cuchillo grande y oxidado a la altura de mi cuello, y me obligaba a chupársela.

—Chúpamela —decía, empujándome la cabeza.

Desde ese plano cenital en las alturas, observaba con una serenidad que nunca antes había experimentado.

Abandonar mi cuerpo ocurrió de repente, en cuanto vi mi propia sangre en mi mano. La visión de la sangre me sobrecogió. No había sentido ningún corte, tan sólo el frío metal en la garganta, mientras el hombre me arrastraba por el escenario, pero no sabía que la había usado hasta que, minutos más tarde, me pasé la mano por el cuello. Estaba pegajoso.

Me miré la mano y descubrí una mancha roja.

El terror me sacudió de golpe, se deslizó por el pecho y llegó hasta el estómago. Sentí cómo el veneno se iba propagando de dentro afuera, por las extremidades y, luego, subía hasta la garganta. Actuaba por fases rápidas: *shock*, después pánico y, al final, parálisis.

Para cuando recobré la conciencia, estaba observándome desde arriba, en lo alto del teatro, por entre las cuerdas y las luces. Desde aquella posición privilegiada veía cómo el hombre me violaba.

Lo contemplaba con una insólita distancia. Era como si lo que estaba sucediendo en el escenario le pasase a otra persona. Estaba viendo un *thriller* hollywoodiense y habíamos llegado a la escena de violación de marras. Eran actores; yo, el público.

La mujer en el escenario alzaba la vista hacia el hombre. Se movía a cámara lenta.

—Chúpamela —volvió a decir—. Tengo que correrme.

Quería saber cuándo mataría a la mujer. No me preguntaba si acabaría matándola, sino cuándo. Sabía que pasaría, del mismo modo que uno está seguro de que en una película asesinarán a determinados personajes secun-

darios. Desde lo alto, lo aceptaba como un giro argumental necesario.

No estaba triste ni asustada, flotando allá arriba. En todo caso, sentía curiosidad. ¿Cómo lo haría? ¿Qué experimentaría yo?

Supuse que la chica de rodillas estaba sola, pero pronto dejaría de estarlo. Se uniría al resto de chicas a quienes han violado y luego asesinado. Quería saber si así era como se habían sentido cuando les ocurrió a ellas. Distantes. Solas. Flotando por encima del tiempo.

Todas esas muchachas encantadoras y muertas. Todavía sigo pensando en ellas muy a menudo.

Publicábamos sus fotos de la graduación del instituto en nuestro periódico, con el rostro girado y con una ligera inclinación, según las indicaciones del fotógrafo para que parecieran estar mirando hacia el futuro que apenas habían empezado a imaginar, con el pelo largo y tan brillante que uno casi podía oler el champú Herbal Essences con sólo mirarlo.

Los editores enviaban a reporteros y fotógrafos a los bosques y las cunetas. Allí estaban cavando los agentes de policía, donde yacían aquellas jóvenes, pacientes, a la espera de ser encontradas. Los periodistas entrevistaban a las madres que expresaban a gritos su dolor mientras, en silencio, los maridos, conmocionados por la pérdida y la rabia, trataban de consolarlas. Los reporteros traían al periódico las fotos de graduación y, llegado el momento, cubrían los juicios de los asesinos. Si llegaba el momento.

Luego, una semana, un mes más tarde, las olvidábamos. Pasábamos a la siguiente. Siempre había una siguiente.

Me imaginé a todas esas jóvenes juntas, en un mismo lugar. Tal vez estuviesen viendo lo que sucedía, como yo lo hacía, y me estaban esperando.

Esto se podría concebir como la historia de una búsqueda. Sin embargo, cuando todo empezó no lo percibía de ese modo. Las grandes historias detectivescas giran en torno a hombres: hombres que se dirigen a tierras desconocidas en busca de trepidantes aventuras. Los reyes y los dioses los lanzan a la travesía, a veces hasta los obsequian con espadas mágicas. Los poetas les dedican canciones que cuentan las hazañas de héroes que navegaban en barcos por el vinoso mar¹, atravesaban montañas a lomos de elefantes, buscaban tesoros y rescataban a hermosas mujeres.

Yo era una mujer de mediana edad, una madre trabajadora de clase media, que vivía a las afueras de Cleveland, Ohio; una mujer que en algún momento llegó a considerarse valiente, pero que ahora le tenía miedo a casi todo.

¹ Referencia a la *Iliada*. Homero alude, en varias ocasiones, al mar color del vino, o de negro vino (*αἴθροπα οἶνον*). Muchas son las hipótesis que tratan de explicar esta asociación. Algunos afirman que el vino que bebían los antiguos tenía un tono azulado, semejante al del mar. Otros teóricos sostienen, en cambio, que el mar era color vino por la sangre derramada, o incluso que no señalaba tanto un color, sino más bien un estado o textura, y que el mar vinoso se relacionaba con la profundidad en contraposición al agua de la orilla. (Todas las notas son de la traductora).

No emprendía viajes. Si podía elegir, casi nunca salía de casa.

No siempre había sido así. Hubo un tiempo en que iba a dedo a todas partes, cuando los que me rodeaban también lo hacían, invadidos por un impulso temerario cada vez que un coche paraba y nos precipitábamos a la puerta que se acababa de abrir sin saber quién ocuparía el asiento del conductor. Caminaba sola por la noche, a cualquier lado, infringiendo la norma que se les enseñaba a las niñas desde muy pequeñas con los cuentos de los Hermanos Grimm: nunca te aventures sola en el bosque oscuro. A los dieciséis, decidí que esa norma no valía para mí. Si un hombre podía, yo también tenía que ser capaz de hacerlo.

¿Qué le ocurrió a aquella chica testaruda? Cada vez que pensaba en ella, me embargaba un sentimiento de melancolía. La echaba de menos.

Ahora me asustaba sentarme en un cine. Como por aquel entonces era la crítica cinematográfica del periódico, trabajar en aquellas condiciones resultaba complicado. Cuando acudía a una proyección sola, algo que ocurría con frecuencia en una ciudad con un único periódico, me sentaba con los músculos contraídos, esforzándome para centrarme en la película. Al final, pedía a los encargados que cerrasen con llave las puertas, y lo hacían, pese a que seguramente estaban transgrediendo la normativa antiincendios. Con esto, y con otras tantas soluciones ridículas pero inevitables, logré organizar mi vida para evitar cualquier riesgo.